



# Ezequiel

*Adolfo Gilaberte*

*Adolfo Gilaberte*

# Ezequiel

 mármara

Primera edición: octubre de 2017

© Adolfo Gilaberte de la Iglesia, 2017

© de esta edición: Mármara Ediciones, 2017

[www.marmaraediciones.es](http://www.marmaraediciones.es)

Diseño: Carlos Úbeda

Imagen de cubierta: *A as in Ariella*, © Sigfrid Lundberg

Ilustración de solapa: retrato de Rosa Navarro sobre  
una fotografía de Irene García Obrero

Impresión: Gráficas Cofás

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-947189-2-2

Depósito legal: M-26424-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Para mi hermano Raúl



*La mujer que amé se ha convertido en fantasma.*

*Yo soy el lugar de sus apariciones.*

Juan José Arreola

*Retoñarán aladas de savia sin otoño  
reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.*

*Porque soy como el árbol talado, que retoño:  
porque aún tengo la vida.*

Miguel Hernández



Esta madrugada el ciempiés del techo ha reventado. Lo ha puesto todo perdido de agua. Se volvió gordo, muy gordo. Insoportable. Cruel.

Durante el tiempo que estuvo ahí arriba —y ha sido mucho— no ha dejado de sonreír y de mostrarme sus dientes llenos de mugre, de dirigirse a mí con esa voz de sabandija chillona que tenía, y que se colaba en mi interior áspera como la voz de los muertos. También lo he visto crecer, deslizarse por encima de las grietas, sortear otras manchas de humedad con una lentitud que me sacaba de quicio; o tragárselas de un bocado, como si fueran crías no deseadas, futuros rivales con quien no estaba dispuesto a compartir el banquete.

Porque el banquete era yo.

Al principio, la primera vez que lo vi, me pareció una mancha inofensiva, una sombra en el techo poco más grande que el continente de un atlas. Carecía de ningún simbolismo. Y no le di mayor importancia. Además, no era ni mucho menos el momento. Pero las lluvias no amainaron —casi no ha dejado de llover en los últimos meses—, y con cada nueva tormenta el ciempiés fue creciendo en grosor y en malicia, se hizo enorme, monstruoso, sus palabras cada vez más hirientes, insoportables sus chillidos. Al mismo tiempo le aumentó el número de patas. Aunque eso no cambió demasiado las

cosas: su avance arriba y abajo del techo seguía siendo torpe y pesado, casi imperceptible.

Otra cosa era el hambre. La voracidad con la que fue alimentándose de mí. Cada día arrancaba un trozo de mayor tamaño de mi cuerpo desguarnecido y se lo tragaba sin masticar, en crudo, con un gesto de deleite que me parecía casi obsceno. Luego, cuando se había saciado de mi carne, me miraba por encima de su ridículo hombro de gusano sin escrúpulos y, relamiéndose, me decía entre chillidos: «¿Dónde está Ana, Ezequiel? Dime, ¿dónde está?». Hubiese dado cualquier cosa por no alimentar ese cuerpo estriado y repugnante que disfrutaba desmenuzándome a mordiscos cada noche. Por no escuchar esas preguntas que eran sótanos a los que no quería volver. Con mucho gusto le hubiese arrancado las patas con unas pinzas pequeñas, todas, muy despacio, una a una; o le hubiera prendido fuego... O sencillamente haber llamado a alguien para que parchease la mancha y cubriese las grietas.

Lo que hice fue permitir que comiera a su antojo.

¡Qué inmenso placer le provocó entonces la sumisión con que me ofrecía a él! ¡Con qué entusiasmo se frotaba las patitas delanteras antes de hincarme los dientes! Seguro que nunca fue tan feliz. Mientras tanto, en perfecta proporción simbiótica, yo me fui convirtiendo en un tipo escuálido y anguloso, sucio, insensible. Tumbado sobre la cama me retorció con cada nuevo mordisco, dejándome hacer sin ofrecer resistencia, asumida ya mi suerte de cadáver expuesto al sol y a las moscas. De ese modo, casi sin darme cuenta, empecé a disfrutar —a gozarme más bien— del asco profundo que

experimentaba ante la imagen del espejo del cuarto de baño: mi rostro cadavérico oculto por la barba, los ojos fríos, gastados, la boca muda otra vez. Ése era yo. Ése soy yo. La satisfacción, sí, la satisfacción que había empezado a sentir ante las dentelladas del ciempiés, me provocaba náuseas. Con esas náuseas él se nutría de mí. Estábamos hecho el uno para el otro.

Se acabó. Esta madrugada un estruendo me ha hecho saltar de la cama con el corazón en un puño. Un desgarrro de la madera y la piedra del techo. El rugido de algo descomunal que se abalanzaba de pronto sobre mí, y que me ha tenido inmóvil, sin aire, acurrucado en una esquina a la espera de otro ataque de mi habitación. Entonces lo he visto. He visto que el ciempiés agonizaba en el suelo, aplastado bajo las vigas, sacudiendo todavía alguna de sus cien patas. Nos hemos buscado, las mandíbulas apretadas y a punto de mordernos. Pero sus pupilas ya no tenían aliento ni luz. No era rival para un duelo heroico, más bien un pedazo de carne amarillenta que iba perdiendo vida a cada segundo. Solo eso. Aun así, ha tratado de sonreír, un mohín de desprecio, ha mascullado su nombre por última vez: «Ana». De manera aleatoria y no todas al mismo tiempo, cada una de sus cien patas ha dejado de moverse, así hasta la última. Su cabeza se ha vencido, sin llegar a apoyarse del todo en el suelo, salvo por un hilo de sangre que resbalaba de su boca.

Lo primero que he hecho ha sido orinar sobre él, entre los escombros, una larga meada sobre su cuerpo aún caliente. Después, sin quitarme la ropa, me he situado debajo del agujero. El agua estaba fría y era agradable. Pero he tenido la sensación de que la lluvia *era* algo más,

también se llevaba lejos la inmundicia que se había ido acumulando, bajo la piel, en mi sangre. He gritado. Todo ese aire caliente y podrido ha salido por fin de mi boca, como un ectoplasma o un pájaro muerto. Me he puesto a gritar hasta sentirme tan débil como si de nuevo hubiesen arrojado sobre mí todo el peso de los últimos meses, el peso de todo ese dolor, con sus cientos de horas y de miles de minutos y de segundos aplastándome otra vez contra el suelo. ¿Puede un techo derrumbarse así? ¿Ha muerto el ciempiés? He tratado de mirar a través de la abertura, pero la lluvia caía con fuerza y me impedía abrir los ojos. Me hubiese gustado atravesar ese orificio que parecía hecho por una bola de cañón, subir muy arriba y, desde allí, observar la colmena estática de edificios como si fuese una maqueta, las luces de la ciudad amortiguadas bajo la lluvia. Y todavía más alto, divisar la curvatura azul de la superficie terrestre. Quedarme ahí, quieto y en paz, sin ninguna prisa, hundiéndome una y otra vez en el líquido amniótico de la estratosfera, en el interior de ese silencio de acuario inmenso. Una sonrisa a medias ha ido abriéndose paso en mis labios, como una incisión, un corte limpio. Algunas cosas suceden así, de esa forma imprevista, son como cuchillos que sanan, cortan y retiran la carne muerta, infectada por el moho. Tengo que irme, acabo de entenderlo mientras escribo. Cruzar la línea que me arrincona contra la pared.

Me he retirado del boquete, temblaba, me había empapado. Pero la sensación era de cierta placidez, de haberme escurrido yo mismo por el suelo junto con el agua. ¿Cuánto tiempo había permanecido bajo la lluvia? He ido a por una toalla, me he quitado la ropa y me he secado

despacio. La tensión liberada, esa rigidez que aún me endurecía los músculos, poco a poco se ha convertido en una especie de aturdimiento anfibio, espeso y acogedor. He pensado en masturbarme al notar el comienzo de una erección, un leve movimiento, un temblor inseguro de mi pene, algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo. Pero enseguida se me han ido las ganas: en cuanto he sido consciente de lo mal que olía.

En algo más de dos horas he recogido y lo he limpiado todo, he puesto el cubo y un par de barreños debajo del agujero, en círculo. He cerrado la puerta y me he ido a la cocina. Solo quería estar ahí, a oscuras y en silencio frente a la nevera abierta: cuatro o cinco huevos, mayonesa, los restos de un sándwich de pollo, una botella grande de agua mineral. El tiempo ha transcurrido despacio. La lluvia caía con fuerza en la habitación, podía escuchar el repiqueteo del agua en los barreños, en el cubo metálico. Pronto todo el suelo se inundaría.

No importa.

Pocas cosas son ya importantes.

La herida —aún la intuyo, la reconozco, la busco en mi interior con desconfianza; como el loco persigue con la yema de los dedos el tacto acolchado de las paredes una vez ha salido al jardín— parece haber cicatrizado en los últimos días. Nunca cerrará del todo. Lo sé. Las náuseas, los temblores, la sensación de ahogo, la hipersensibilidad a los sonidos, el hormigueo en la mandíbula y en las muñecas, las ganas de arrancarme el pelo o de aplastar con un martillo los dedos de mis pies. Todo eso ha ido mitigándose. Pertenece —o casi— a los días borrosos de lo que empiezo a llamar pasado. En mi conciencia

va abriéndose paso una limpia y arrogante determinación, ese golpe de viento helado ha venido a destensar mis músculos y las articulaciones, la rigidez de piedra, a poner orden al fin. Lo que pertenecía a mi cuerpo parece regresar otra vez a él, aún despacio, como con miedo. Sé —algo he aprendido— que es pronto para bajar la guardia. Mañana averiguaré si todo esto no ha sido más que un espejismo. Cierro la puerta de la nevera, deslizo por ella la punta de mis dedos, acaricio su blancura esmaltada, perfecta.

Mañana.

Mi cabeza está en paz. Mi casa en silencio. Lo único que se escucha es la lluvia. La única certeza. Llueve tanto que parece que el mundo siempre ha sido así.

Ezequiel es un hombre sin palabras, porque ninguna palabra dispone del impulso y la fuerza suficientes para atravesar ese mundo de silencio donde la vida le ha situado. Su lugar está en una ciudad sin presente y en el bando de los excluidos, los que miran, aquellos que transitan por túneles y pasadizos de la periferia: para los que la lluvia es la única certeza.

A Ezequiel, igual que al protagonista de *Un hombre que duerme* de Georges Perec, «le queda todo por aprender, todo lo que no se aprende: la soledad, la indiferencia, la paciencia, el silencio».

«*Ezequiel* es una obra, como verán, de una calidad infrecuente en una primera novela.»

Ignacio Ferrando

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947189-2-2



9 788494 718922 >